

por su dulzura con su andar altivo y salvaje. Cantaba con voz melodiosa palabras terribles, y su seno descubierta se levantaba y bajaba como la espuma de las olas.»

Me avergonzaria de presentarme entre Byron y Juan Jacobo, sin saber lo que seré en la posteridad, si estas *Memorias* debiesen ver la luz pública viviendo yo; pero cuando lleguen á aparecer habré ya pasado, y para siempre, igualmente que mis ilustres predecesores, á la extranjera playa: mi sombra será entregada al soplo de la opinion, vano y ligero como lo poco que quedará de mis cenizas.

Rousseau y Byron han tenido en Venecia un punto de semejanza: á ninguno de los dos causaron sensacion las artes. Rousseau, dotado maravillosamente para la música, ni siquiera parece saber que existen cerca de Zúlietta cuadros, estatuas, monumentos; y sin embargo, ¡con qué encanto se enlazan esas obras maestras al amor, cuyo objeto divinizan y cuya llama aumentan! En cuanto á lord Byron, *aborrece el infernal brillo* de los colores de Rubens, *escupe á todos los asuntos de santos* de que están atestadas las iglesias; nunca ha hallado cuadro ni estatua que se acerque en una legua á su pensamiento, y prefiere á esas artes impostoras la belleza de algunas montañas, de algunos mares, de algunos caballos, de cierto leon de Morea, y de un tigre á quien vió comer en *Exeter-Change*. ¡No habrá en todo eso algo de obstinado orgullo!

«¡Cuánta afectacion y cuánta baladronada!

GRANDES GENIOS INSPIRADOS POR VENECIA.—ANTIGUAS Y NUEVAS CORTESANAS.—ROUSSEAU Y BYRON DESGRACIADOS.

Venecia, setiembre de 1853.

¿Pero qué ciudad es esa donde se han dado cita las mas elevadas inteligencias? Unas la han visitado ellas mismas, otras han enviado á ellas sus musas: habria faltado algo á la inmortalidad de esos ingenios si no hubiesen colgado cuadros en aquel templo del placer y de la gloria. Sin hacer mencion de los grandes poetas de la Italia, los genios de la Europa entera colocaron allí sus creaciones: allí respira esa *Desdémona* de Shakspeare, bien diferente de la *Zúlietta* de Rousseau y de la *Margheritta* de Byron, esa púdica veneciana que declara su ternura á Otelo: «Si teneis un amigo que me ame, enseñadle á referir vuestra historia: eso me colmará de amor hacia él.» Allí aparece aquella *Belvedera* de Oswai, que dice á Jaffier:

«¡Ay! sonríeme como cuando nuestros amores estaban en su primavera. . . . .  
Conduceme á algun desierto, vasto, agreste, estéril como nuestras desgracias, en donde mi alma pueda respirar, en donde pueda yo decir á gritos á los altos cielos y á los astros que escuchan de qué infinitas riquezas está cargado mi seno, en donde pueda enlazar mis brazos impacientes alrededor de tu cuello, abrir paso al amor en besos que enciendan la alegría, y dejar marchar todo el fuego que arde en mi corazón.»

Gœthe, en nuestro tiempo, ha celebrado á Venecia, y el gentil Marot, que fue primero en hacer oír su voz al despertarse las musas francesas, se refugió en los hogares del Ticiano. Montesquieu escribia: «Puede uno haber visto todas las ciudades del mundo, y quedar sorprendido al llegar á Venecia.»

Cuando en un cuadro sobrado desnudo representa el autor de las *Cartas persas* á una musulmana aban-

donada en el paraíso á dos *hombres divinos*, ¿no parece haber descrito la cortesana de las *Confesiones* de Rousseau y la de las *Memorias* de Byron? ¿No estaba yo entre mis dos florideñas, como Anais entre sus dos ángeles? Pero las *muchachas pintadas* y yo no éramos inmortales.

Mad. de Stael entrega Venecia á la inspiracion de Corina: esta escucha el estampido del cañon, que anuncia el oscuro sacrificio de una jóven... Consejo solemne que una mujer resignada da á las mujeres que luchan todavía contra el destino... Corina sube á lo alto de la torre de San Marcos, contempla la ciudad y las olas, vuelve los ojos hacia *las nubes del lado de la Grecia*: «De noche no se ve mas que el reflejo de los faroles que iluminan las góndolas: sombras que se deslizan sobre el agua guiadas por una pequeña estrella.» Oswald marcha: Corina se precipita para llamarle. «Una lluvia terrible principiaba entonces, y se hacia sentir un viento fuertísimo. Corina baja á la orilla del canal. La noche era tan oscura, que no habia una sola barca: Corina llamaba á la ventura á los barqueros, que tomaban sus gritos por gritos de congoja de infelices que se ahogaban durante la tempestad, y sin embargo, nadie osaba acercarse: tan temibles eran las ondas agitadas del gran canal.»

Hé aquí de nuevo á la *Margheritta* de lord Byron. Siento un placer indecible en volver á ver las obras célebres de aquellos grandes maestros en el sitio mismo para el cual fueron hechas. Respiro á placer en medio de la tropa inmortal, como un humilde viajero admitido en los hogares hospitalarios de una rica y hermosa familia.

LLEGADA DE MAD. DE BAUFFREMONT Á VENECIA.—EL CATAJO.—EL DUQUE DE MÓDENA.—SEPOLCRO DE PETRARCA EN ARQUA.—TIERRA DE POETAS.

De Venecia á Ferrara, del 16 al 17 de setiembre de 1853.

Inmenso era el intervalo entre esos ensueños y las verdades á que volvía al presentarme en casa de la princesa de Bauffremont: érame preciso saltar desde 1806, cuyo recuerdo venia á presentarme á mí imaginacion á 1833, al punto donde me hallaba en realidad: Marco Polo cayó de la China en Venecia precisamente despues de una ausencia de veinte y siete años.

Mad. de Bauffremont lleva dignísimamente en su semblante y en sus maneras el nombre de Montmorency: hubiera podido muy bien, como aquella Carlota, madre del gran conde y de la duquesa de Longueville, ser amada de Enrique IV. La princesa me dijo que la duquesa de Berry me habia escrito de Pisa una carta que yo no habia recibido. S. A. R. llegaba á Ferrara, donde me esperaba.

Costábame mucho abandonar mi retiro: necesitaba ocho dias mas para mi revista: sentia sobre todo no poder poner término á la aventura de Zauza (1): pero mi tiempo pertenecia á la madre de Enrique V, y siempre, cuando estoy en camino, ocurre un incidente que me lanza por otra senda.

Marché, dejando mi equipaje en la fonda de Europa, pensando volver con *Madame*.

Encontré mi carruaje en Fusina: sacáronlo de una antigua cochera, como una alhaja del guardamuebles de la corona. Abandoné la ribera, que tal vez toma su nombre del tridente del rey del mar: *Fuscina*.

Cuando llegué á Padua dije al postillon: «Camino de Ferrara.» Lindísimo es este camino hasta Monselice: colinas de extremada elegancia, verjeles de higueras, moreras y sauces formados de viñas, pra-

(1) Véase lo dicho al hablar de la prision de Silvio Pellico.

deras alegres, castillos ruinosos. Pasé delante del Catajo, todo adornado de soldados: el abate Lenglet, hombre muy erudito, ha confundido este edificio con la China. El Catajo no es el Catai de Angélica, sino una posesion del duque de Módena. Me encontré de manos á boca con S. A., que se dignaba pasear á pié por el camino real. Este duque es un vástago de la raza de los príncipes inventados por Maquiavelo: tiene la altivez de no reconocer á Luis Felipe.

La aldea de Arqua ostenta el sepulcro del Petrarca, celebrado con el sitio por lord Byron:

«Che fai, che pensi? che pur dietro guardi?  
Nel tempo, che tornar non pote omái,  
Anima sconsolata?»

«¿Qué haces, qué piensas? ¿Por qué miras atrás á un tiempo que no puede volver jamás, alma desconsolada?»

Todo este país, en un diámetro de cuarenta leguas, es el suelo indígena de los escritores y de los poetas: Tito Livio, Virgilio, Cátulo, Ariosto, Guarini, los Strozzi, los tres Bentivoglio, Bembo, Bartoli, Bojardo, Pindemonte, Varano, Monti y otros muchos hombres célebres han nacido en esta tierra de las musas. El mismo Tasso era bergamesco de origen. De los últimos poetas italianos no he visto mas que á uno de los dos Pindemonte. No he conocido á Cesarotti ni á Monti: hubiera tenido un placer en encontrar á Pellico y á Manzoni, destellos de despedida de la gloria italiana. Los montes Eugáneos, que iba yo cruzando, se doraban con el aire del Poniente, con una agradable variedad de formas y una gran pureza de líneas: uno de esos montes se asemejaba á la pirámide principal de Saccarah cuando se destaca al sol Poniente sobre el horizonte de la Libia.

Continué de noche mi viaje por Rovigo: una capa de niebla cubria la tierra. No vi el Po sino por el paso de Lagoscuro. El carruaje se detuvo, y el postillon llamó á la barca con su trompa. El silencio era completo: únicamente al otro lado del rio respondian con un triple eco al sonido de la trompa el ahullido de un perro y las cascadas lejanas: preludio del imperio eliseo del Tasso, en donde íbamos á entrar.

El roce sobre el agua, á través de la niebla y de las sombras, anunció á la barca, que se deslizaba á lo largo de la cuerda, sostenida sobre barcos anclados. Entre cuatro y cinco de la mañana llegué el 16 á Ferrara, y me apeé en la fonda de las Tres Coronas, en donde aguardaban á *Madame*.

Miércoles 17.

S. A. R. no habia llegado aun, y de consiguiente me fuí á visitar la iglesia de San Pablo: no vi en ella mas que sepulcros: por lo demás, ni un alma, á excepcion de las de algunos muertos y de la mia, que ya no vive. En el testero del coro pendia un cuadro del Guerchin.

La catedral es engañosa: vése una portada y costados, en que hay incrustados bajo-relieves de asuntos sagrados y profanos. Sobre ese exterior dominan todavía otros adornos, colocados comunmente en el interior de los edificios góticos, como junquillos, modillones árabes, artesonados de aureola, galerías de columnitas, de ojivas, de hojas situadas en los huecos de las paredes. Entra uno, y se queda asombrado á la vista de una iglesia nueva, de bóvedas esféricas, de macizos pilares. Algo de esas aberraciones existe en Francia en lo físico y en lo moral: en nuestros antiguos castillos se hacen gabinetes modernos; una porcion de nidos de ratones, alcobas y guarda-ropas. Penétrese en el alma de una porcion de esos hombres

lentos de nombres históricos; ¿y qué se hallará en ellos? Inclinaciones de antecámara.

Apesadumbróme el aspecto de aquella catedral, que parecia haber sido vuelta como una casaca: mujer del tiempo de Luis XV, disfrazada de castellana del siglo XII.

Ferrara, tan agitada en otro tiempo con sus mujeres, sus placeres y sus poetas, está casi deshabitada: donde las calles son anchas, están desiertas, y podrían pastar en ellas rebaños. Las casas ruinosas no se reaniman, como en Venecia, por la arquitectura, los barcos, el mar y la alegría del sitio. A la puerta de la Romana, tan desgraciada, Ferrara, bajo el yugo de una guarnicion austriaca, tiene el semblante de un proscrito, parece llevar el luto eterno del Tasso, y, próxima á caer, se encorva como una vieja. Por único monumento del día, sale á medias de la tierra un tribunal criminal con prisiones no concluidas. ¿A quién pondrán en esos calabozos recientes? A la jóven Italia. Aquellas cárceles nuevas, coronadas de gruas, y rodeadas de andamios como los palacios de la ciudad de Dido, tocan al antiguo calabozo del cantor de la *Jerusalén*.

EL TASSO.

Ferrara 18 de setiembre de 1853.

Si hay vida que deba hacer desesperar de la felicidad para los hombres de talento, es la del Tasso. El hermoso cielo que miraban sus ojos, al abrirse en la aurora, era un cielo engañoso.

«Mis adversidades, dice, principiaron con mi vida. La cruel fortuna me arrancó de los brazos de mi madre. Me acuerdo de sus besos empapados en lágrimas, de sus oraciones, que se llevaron los vientos. Yo no debía estrechar mas mi rostro contra el suyo. Con paso mal seguro, como Ascanio ó la jóven Camila, seguí á mi padre, errante y proscrito. Crecí en la pobreza y en el destierro.»

Torcuato Tasso perdió en Ostilla á Bernardo Tasso. Torcuato mató á Bernardo como poeta, y le hizo vivir como padre.

Salido Tasso de la oscuridad con la publicacion del *Reinaldo*, fue llamado á Ferrara. Allí se dió á conocer en medio de las fiestas del matrimonio de Alfonso II con la archiduquesa Bárbara. Allí encontró á Leonor, hermana de Alfonso: el amor y el infortunio acabaron de dar á su genio toda su belleza. «Vé, refiere el poeta, pintando en la *Aminia* la primera córte de Ferrara; ví diosas y ninfas encantadoras, sin velo, sin nubes; ¡sentíme inspirado de una nueva virtud, de una divinidad nueva, y canté la guerra y los héroes!...»

El Tasso leia las estancias de la *Gierusalemme*, conforme las iba componiendo, á las hermanas de Alfonso, Lucrecia y Leonor. Enviósele al lado del cardenal Hipólito de Este, establecido en la córte de Francia: empeñó sus vestidos y muebles para hacer ese viaje, mientras que el cardenal, á quien honraba con su presencia, hacia á Carlos IX el fastuoso regalo de cien caballos berberiscos con sus escuderos árabes soberbiamente vestidos. Abandonado primero el Tasso en las caballerizas, fue presentado en seguida al rey poeta, amigo de Ronsard. En una carta que nos ha quedado juzga á los franceses con dureza. Compuso algunos versos de su *Gierusalemme* en una abadía de hombres, en Francia, de que estaba provisto el cardenal Hipólito: Chalis, cerca de Ermenonville, es donde debía meditar y morir J. J. Rousseau: Dante habia pasado también oscuramente en París.

El Tasso volvió á Italia en 1571, y no fue testigo de la jornada de San Bartolomé. Fuese directamente

á Roma, y desde allí volvió á Ferrara. La *Aminta* fue representada con gran éxito. Al paso que se constituía en rival de Ariosto, el autor de *Reinaldo*, admiraba hasta tal punto al autor de *Orlando*, que rehusaba los homenajes del sobrino de este gran poeta. «Ese laurel que me ofreceis, le escribía, el juicio de los sabios, el de las personas del mundo y el mio mismo, lo han colocado sobre la cabeza del hombre á quien os unen vínculos de sangre. Prosternado ante su imagen le consagro los dictados mas honrosos que pueden inspirarme el cariño y el respeto. Le proclamaré en voz alta mi padre, mi señor y mi dueño.»

Esta modestia, tan desconocida en nuestra época, no desarmó la envidia. Torcuato había visto las fiestas dadas por Venecia á Enrique III al volver de Polonia, cuando se imprimió furtivamente un manuscrito de la *Jerusalem*: las minuciosas críticas de los amigos cuyo gusto consultaba el Tasso vinieron á alarmarle. Quizá se mostró en eso sobrado sensible; pero quizá había cimentado en la esperanza de su gloria el triunfo de sus amores. Creyóse cercado de asechanzas y traiciones, y se vió obligado á defender su vida. La mansion de Belriguardo, en donde Goethe evoca su sombra, no bastó á tranquilizarle. «Lo mismo que el ruiseñor (dice el gran poeta alemán, haciendo hablar al gran poeta italiano) exhalaba de su pecho enfermo de amor la armonía de sus lamentos; sus cánticos deliciosos, su melancolía sagrada cautivaban el oído y el corazón... ¿Quién tiene mas derecho á atravesar misteriosamente los siglos que el secreto de un noble amor confiado al secreto de un sublime canto?... ¿Qué dulce es (continúa Goethe, intérprete de los sentimientos de Leonor); qué dulce es contemplarse en el hermoso genio de ese hombre, tenerle á su lado en el esplendor de esta vida, avanzar con fácil paso hácia el porvenir! Desde ese momento nada podrá el tiempo sobre tí, Leonor: viva en los cantos del poeta, serás todavía jóven y dichosa cuando los años te hayan arrebatado en su corriente.»

El cantor de Herminia conjura á Leonor (siempre los versos del poeta de la Germania) que le relegue en una de sus quintas mas solitarias. «Permitid, le dice, que sea vuestro esclavo. ¿Cómo cuidaré de vuestros árboles! ¿Con qué precaucion, en otoño, cubriré vuestro limonero de plantas ligeras! Bajo el vidrio de las estufas criaré hermosas flores.»

La historia de los amores del Tasso se había perdido y la halló Goethe.

Los pesares de las musas y los escrúpulos de la religion principiaron á alterar la razon del Tasso. Hizo-sele sufrir una detencion pasajera, y se escapó desnudo casi: extraviado en los montes, se cubrió con los andrajos de un pastor; y disfrazado así llegó á casa de su hermana Cornelia. Las caricias de esta hermana y el atractivo del pais natal apaciguaron por un momento sus penas. «Querida, dice, retirarme á Sorrento, como á un puerto pacífico, *quasi in porto di quiete*;» pero no pudo permanecer en donde había nacido: un atractivo le arrastraba á Ferrara; el amor y la patria.

Recibido con frialdad por el duque Alfonso, se retiró de nuevo, y anduvo errante por las pequeñas córtes de Mantua, Urbino y Turin, cantando para pagar la hospitalidad. Decía al Metauro, arroyo natal de Rafael: «Débil, pero glorioso hijo del Apenino, viajero vagabundo, vengo á buscar en tus orillas la seguridad y mi reposo.»

Armida había pasado á la cuna de Rafael, debiendo presidir á los encantamientos de la Farnesina.

Sorprendido por una tempestad en las cercanías de Verceil, celebró el Tasso la noche que pasó en casa de un noble, en el lindo diálogo del *Padre de familia*: En Turin le negaron la entrada de las puertas, pues tal era el miserable estado en que se hallaba. Informado de que Alfonso iba á contraer nuevo matrimo-

nio, vuelve á tomar el camino de Ferrara. Un espíritu divino seguía los pasos de aquel dios oculto bajo el traje de los pastores de Admeto: creía ver y oír a ese espíritu sentado un día junto al fuego, y viendo la luz del sol sobre una ventana, exclamó:—*Ecco l'amico spirito che cortesemente e venuto á favellarmi.* (Ese es el espíritu amigo que ha venido cortesmente á hablarme.) Y Torcuato hablaba con un rayo del sol. Volvió á la ciudad fatal como el pájaro fascinado se arroja en la boca de la serpiente: desconocido y rechazado por los cortesanos, ultrajado por los criados, prorumpió en quejas, y Alfonso le hizo encerrar en una casa de locos en el hospital de Santa Ana.

Entonces escribía el poeta á un amigo suyo: «Bajo el peso de mis infortunios he renunciado á todo pensamiento de gloria: me tendria por dichoso con poder solo ahogar la sed que me devora... La idea de un cautiverio sin fin, y la indignacion de los malos tratamientos que sufro, aumentan mi desesperacion. La suciedad de mi barba, la de mis cabellos y vestido me hacen objeto de disgusto hasta para mi propio.»

El preso imploraba á toda la tierra, y hasta á su mismo perseguidor, sacando de su lira acentos que hubieran podido derribar las paredes que cerraban sus miserias:

Piango il morir, non piango il morir solo,  
Ma il modo . . . . .

Mi saria di conforto aver la tumba,  
Ch'altra mole innalzar credea co' carmi.

«Lloro el morir; y no el morir solo, sino la manera en que muero... Será un consuelo tener la tumba para el que creía erigir otros monumentos con sus versos.»

Lord Byron compuso un poema de las *Lamentaciones del Tasso*: pero no puede desprenderse de lo que es, y se sustituye en todo á los personajes que pone en escena: como su genio carece de ternura, sus *lamentaciones* no son mas que *imprecaciones*.

El Tasso dirigió al consejo de los ancianos de Bergamo esta súplica:

«Torcuato Tasso, bergamasco, no solo de origen sino de inclinacion, habiendo perdido primero la herencia de su padre, mas la dote de su madre... y (después de la servidumbre de muchos años y de las fatigas de un tiempo bastante largo), no habiendo perdido nunca todavía la fe que tiene en esta ciudad (Bergamo), se atreve á pedirle auxilio. Que conjure al duque de Ferrara, en otro tiempo mi protector y bienhechor, que me devuelva á mi patria, á mis parientes y á mí mismo. El infortunado Tasso suplica por lo tanto á vuestras señorías (los magistrados de Bergamo) que envíen á monseñor Licini ó algun otro para tratar de mi libertad. La memoria de su beneficio no acabará sino con mi vida. *Di VV. SS. affezionatissimo servidore. Torcuato Tasso, prigioner et infermo nel ospedal di Sant' Ana in Ferrara.*»

Negábanle al Tasso tinta, plumas y papel. Había él cantado al *magnánimo Alfonso*, y el magnánimo Alfonso sumergía en una celda de dementes al que difundía sobre su frente un esplendor imperecedero. En un soneto lleno de gracia suplica el cautivo á una gata que le preste el brillo de sus ojos para reemplazar la luz de que se le ha privado; inofensiva chanza que prueba la mansedumbre del poeta y el exceso de su miseria. «Como en el Océano turbio y oscurecido por la tempestad...levanta el cansado piloto la cabeza durante la noche hácia las estrellas, cuyo polo resplandece, así hago yo, hermosa gata, en mi mala fortuna. Tus ojos me parecen dos estrellas que brillan delante de mí... ¡Oh, gata; lámpara de mis veladas! ¡Oh, gata; amada mía! Si Dios os libra de los palos,

si el cielo os alimenta de carne y leche, dadme luz para escribir estos versos:

Fatemi luce á scriver queste carmi.»

Por la noche se figuraba el Tasso oír ruidos extraños, tañidos de campanas fúnebres: atormentábanle mil espectros. «No puedo mas, exclamaba: yo sucumbo.» Atacado de una grave enfermedad, creyó ver á la Virgen, que le salvaba por milagro.

Egro io languiva e d'alto sonno avvinio

Giacea con guancia di pallor dipinta.

Quando di luce incoronata. . . . .

Maria, pronta scendesti al mio dolore.

«Consumíame enfermo, vencido por el sueño.... yacía con la palidez pintada en mis mejillas, cuando coronada de luz... bajaste, Maria, rápidamente á mi dolor.»

Montaigne visitó al Tasso, reducido á esa extrema adversidad, y no le manifestó compasion ninguna. En la misma época terminaba Camoens su vida en un hospicio en Lisboa. ¿Quién le consolaba al morir sobre un jergon? Los versos del preso de Ferrara. El autor cautivo de la *Jerusalem*, admirando al autor mendigo de las *Lusiadas*, decía á Vasco de Gama: «Regocijate de ser celebrado por el poeta que tanto desplegó su vuelo glorioso, que tus naves rápidas no fueron tan lejos.»

Tant'oltre stando il glorioso volo

Che i tuoi spalmati legni andar men lungo

Así resonaba la voz del Eridano en las orillas del Tajo: así, al través de los mares, se felicitaban de un hospital á otro, con vergüenza de la especie humana, dos ilustres pacientes de igual genio y de igual destino.

¿Cuántos reyes, grandes y necios, sumidos hoy en olvido, creyéndose hácia el fin del siglo xvi, personajes dignos de memoria, ignoraban hasta los nombres del Tasso y de Camoens! En 1754 se leyó por la vez primera el nombre de Washington en el relato de un oscuro combate dado en un bosque entre una tropa de franceses, ingleses y salvajes: ¿qué escribiente de Versalles, qué proveedor del *Parc-aux-cerfs*, qué hombre, sobre todo, de corte ó de academia, hubiera querido cambiar en aquella época su nombre por el de aquel plantador americano (1)?

Ferrara 18 de setiembre de 1855.

La envidia se había apresurado á derramar su veneno sobre llagas abiertas. La Academia de la Crusca había declarado: «Que la *Jerusalem libertada* era una compilacion pesada y fria, de estilo oscuro y desigual, llena de versos ridiculos, de palabras bárbaras y que no compensaba con belleza alguna sus innumerables defectos.» El fanatismo por Ariosto había dictado esta sentencia. Pero el grito de la admiracion popular sofocó las blasfemias académicas: no le fue posible al duque Alfonso prolongar el cautiverio de un hombre que no tenia otro delito que el de haberle celebrado. El papa reclamó la libertad del honor de la Italia.

Fuera el Tasso de la prision, no fue por eso mas dichoso. Leonor había muerto, y fue arrastrando de ciudad en ciudad sus pesares. En Loreto, próximo á morir de hambre, estuvo ya á punto, dice uno de sus biógrafos, de alargar la mano que había levantado el palacio de Armida. En Nápoles experimentó algunos dulces sentimientos de patria. «Hé aquí, decía, los

(1) Mis *Estudios históricos*.

sitios de donde salí siendo niño.... Despues de tantos años, vuelvo encanecido, achacoso á mi playa natal.»

. . . . . E donde  
Darlii fanciullo, or dopo tanti lustri  
Torno. . . . .  
Canuto ed egro alle native sponde.

Prefirió á moradas suntuosas una celda en el convento de Montoliveto. Habiéndole acometido una calentura en un viaje que hizo á Roma, un hospital fue su refugio.

Volviendo á Nápoles de Roma y de Florencia, echando la culpa de sus males á su poema inmortal, lo modificó y lo echó á perder. Principió sus cantos *Delle sette giornate del mondo creato*, asunto tratado por Du Bartas. El Tasso hace salir á Eva del seno de Adán, mientras que Dios «difundía un sueño apacible sobre los miembros de nuestro primer padre adormecido.

Et irrigó di placida quiete  
Tutte le membra al sonnaccioso...

El poeta suaviza la imagen bíblica, y en las dulces, creaciones de su lira, la mujer no es mas que el primer sueño del hombre. El pesar de dejar sin concluir un trabajo piadoso que consideraba como un himno expiatorio determinó al Tasso moribundo á condenar á la destruccion sus cantos profanos.

Menos respetado el poeta de la sociedad que de los ladrones, mereció á Marcos Sciarra, célebre gefe de *eondottiers*, la oferta de una escolta para conducirle á Roma. Presentado en el Vaticano, le dirigió el papa estas palabras:—«Torcuato, honraris esta corona que honró á los que la llevaron antes que vos.» Elogio que la posteridad ha confirmado. El Tasso respondia á los elogios repitiendo este verso de Séneca:

Magnifica verba mors prope admota excutit.

«La muerte va á rebajar bien pronto esas palabras magnificas.»

Atacado de un mal que presentia él deberle curar de todos los demás, se retiró al convento de San Onofre el 1.º de abril de 1595. Subió á su último asilo durante una tempestad de viento y de lluvia. Los monges le recibieron á la puerta, en donde desaparecen hoy los frescos del Dominiquino. Saludó á los padres, diciéndoles:—«Vengo á morir en medio de vosotros.» ¡Claustros hospitalarios, desiertos de religion y poesia! ¡Habeis prestado vuestra soledad á Dante proscripto y al Tasso moribundo!

Fueron inútiles todos los auxilios. A la sétima mañana de calentura, declaró el médico del papa al enfermo que tenia pocas esperanzas. El Tasso le abrazó y le dió gracias por haberle anunciado tan buena nueva. En seguida miró al cielo, y con una abundante efusion de corazón, dió gracias al Dios de las misericordias.

Yendo en aumento su debilidad, quiso recibir la Eucaristía en la iglesia del monasterio, adonde se arrastró apoyado sobre los religiosos, y volvió conducido en brazos de los mismos. Luego que estuvo acostado en su lecho le preguntó el prior acerca de su última voluntad.

—«Me he cuidado muy poco de los bienes de fortuna durante mi vida, y les tengo aun menos apego en la muerte. No tengo que hacer testamento.

—¿Dónde señalais vuestra sepultura?

—«En vuestra iglesia, si os dignais honrar tanto mis despojos.

—¿Quereis dictar vos mismo vuestro epitafio?»

Entonces, volviéndose hácia su confesor:

—«Padre, escribid: «Entrego mi alma á Dios, que me la dió, y mi cuerpo á la tierra, de que fue hecho.

Lego á este monasterio la sagrada imagen de mi Redentor.»

Tomó en sus manos un crucifijo que habia recibido del papa y lo estrechó contra sus labios.

Trascurrieron todavía otros siete dias. Habiendo solicitado el cristiano probado el favor de recibir el santo óleo, llegó el cardenal Cintio trayendo la bendición del soberano pontífice. El moribundo mostró por ello suma alegría.—«Esta es, dijo, la corona que habia yo venido á buscar á Roma: espero triunfar mañana con ella.»

Virgilio hizo pedir á Augusto que mandase arrojar al fuego *La Eneida*: el Tasso suplicó á Cintio que hiciese quemar *La Jerusalem*. En seguida mostró deseos de quedar á solas con su crucifijo.

No habia llegado aun el cardenal á la puerta, cuando brotaron sus lágrimas, violentamente contenidas: la campana tocó á agonía, y los religiosos, entonando las oraciones de los muertos, lloraron y se lamentaron en los claustros. A este ruido dijo Torcuato á sus caritativos solitarios (á quienes creia ver vagar en torno suyo como sombras):—«Amigos míos, creéis dejarme, y no hago mas que precederos.»

Desde entonces no conferenció mas que con su confesor y algunos padres de gran doctrina. Próximo á exhalar su último suspiro, se recogió de sus labios esta sentencia, fruto de la experiencia de su vida: «Sino existiera la muerte, no habria en el mundo nada mas miserable que el hombre.» El 25 de abril de 1595, hácia el medio día, exclamó el poeta:—*In manus tuas, Domine...* El resto del versículo no pudo oírse apenas, como pronunciado por un viajero que se aleja.

El autor de *La Enriada* se extingue en la fonda de Villette, sobre un muelle del Sena, y rechaza los auxilios de la Iglesia; el cantor de *La Jerusalem* espira cristiano en San Onofre: hágase la comparacion, y se verá la belleza que la fe añade á la muerte.

Todo lo que se refiere del triunfo póstumo del Tasso me parece sospechoso. Su mala fortuna tuvo un mayor obstinacion de la que se supone. No murió en la hora designada de su triunfo, sino que sobrevivía veinte y cinco dias á ese triunfo proyectado. Nunca desmintió su destino; jamás fue coronado, ni aun despues de su muerte: no fueron presentados sus restos en el Capitolio en traje de senador, en medio de la concurrencia y de las lágrimas del pueblo: fue enterrado, como habia dispuesto, en la iglesia de San Onofre. La piedra con que se le cubrió (segun deseo suyo), no indicaba fecha ni nombre: diez años despues, Manso, marqués Della Villa, último amigo del Tasso, y que hospedó á Milton, compuso el admirable epitafio: *Hic jacet Torquatus Tassus*. Manso encontró grandes dificultades para hacerle grabar, porque los monges, escrupulosos observadores de las voluntades testamentarias, se oponian á toda inscripcion; y sin embargo, sin el *hic jacet*, ó las palabras *Torquatus Tassi ossa*, las cenizas del Tasso habrian quedado perdidas en la ermita del Janículo, como las del Pousino en San Lorenzo, in Lucina.

El cardenal Cintio formó el proyecto de erigir un mausoleo al cantor del Santo Sepulcro, proyecto que abortó. El cardenal Bevilacqua compuso un pomposo epitafio, destinado á la losa de otro mausoleo futuro, y así quedó la losa. Dos siglos despues, el hermano de Napoleon se ocupó de un monumento en Sorrento: José cambió muy pronto la cuna del Tasso por la tumba del Cid.

Finalmente, en nuestro dias se ha principiado un gran monumento fúnebre en memoria del Homero italiano, pobre y errante en otro tiempo, como el Homero griego. ¿Se concluirá la obra? Por mi parte, prefiero al túmulo de mármol la pequeña losa de la capilla, de la que hablé en el *Itinerario*: «Busqué (en Venecia 1806) en una iglesia desierta la tumba de

ese pintor (el Ticiano), y me costó algun trabajo encontrarlo: lo mismo me habia sucedido en Roma (en 1803) con el sepulcro del Tasso. Bien mirado, las cenizas de un poeta religioso y desgraciado no están muy mal colocadas en una ermita. El cantor de la Jerusalem parece haberse refugiado en aquella sepultura ignorada como para escapar á las persecuciones de los hombres: su fama llena el orbe, y él descansa ignorado bajo el naranjo (1) de San Onofre.»

La comision italiana encargada de los trabajos necrolitos me pidió que hiciese cuestacion en Francia y distribuyese las indulgencias de las musas á cada fiel que diese algun dinero para el monumento del poeta. Llegó julio de 1830: mi fortuna y mi crédito han participado del destino de las cenizas del Tasso. Esas cenizas parecen poseer una virtud que desecha toda opulencia, rechaza todo esplendor, se sustrae á todos los honores: los hombres pequeños son los que necesitan grandes sepulcros; á los hombres grandes les bastan los pequeños.

El Dios que se rie de todos mis sueños, precipitándome del Janículo con los antiguos padres conscriptos, me ha traído de otro modo al lado del Tasso. Aquí puedo juzgar mejor todavía del poeta, cuyas tres hijas han nacido en Ferrara: Armida, Herminia y Clorinda.

¿Qué es hoy la casa de Este? ¿Quién se acuerda de los Obizzo, los Nicolás, los Hércules? ¿Qué nombre queda en aquellos palacios? El de Leonor. ¿Qué se busca en Ferrara? ¿La morada de Alfonso? No; la prision del Tasso. ¿A dónde se va en procesion de siglo en siglo? ¿Al sepulcro del perseguidor? No; al calabozo del perseguido.

El Tasso alcanza en estos sitios una victoria mas memorable, pues hace olvidar á Ariosto: el extranjero deja los huesos del cantor de *Orlando* en el museo, y corre á buscar el nicho del cantor de *Reinaldo* en Santa Ana. La gravedad conviene á la tumba y deja uno al hombre que rió por el que vertió lágrimas. Durante la vida, la felicidad puede tener su mérito; despues de la muerte, pierde su valor: á los ojos del porvenir no hay mas bellezas que las existencias desgraciadas. A esos mártires de la inteligencia, inexorablemente sacrificados sobre la tierra, se les cuentan los infortunios como aumento de gloria: ellos duermen en el sepulcro con sus padecimientos inmortales, como los reyes con su corona. Nosotros, vulgares infortunados, somos hartos poca cosa para que nuestras penas sean en la posteridad adorno de nuestra vida. Despojados de todo, al terminar mi carrera mi tumba no será un templo, sino un punto de refresco: no tendré la suerte del Tasso, y frustraré las tiernas y armoniosas predicciones de la amistad.

«El Tasso, errante de ciudad en ciudad, abrumado un dia por sus males, se sentó junto al fértil laurel, que extiende siempre sus verdes ramas sobre la tumba de Virgilio, etc.»

Apresuráme á tributar mis homenajes á ese hijo de las musas, tan bien consolado por sus hermanos: siendo embajador rico, me suscribí para su mausoleo en Roma: peregrino indigente, á consecuencia del destierro, fuí á arrodillarme en su prision de Ferrara. Sé que se han suscitado dudas bastante fundadas acerca de la identidad de los sitios; pero, como todos los verdaderos creyentes, me burlo de la historia: aquella cripta, dígame lo que se quiera, es el sitio mismo que el *pazzo per amore* habitó siete años enteros; habia que pasar necesariamente por aquellos claustros, y se llegaba á aquel calabozo, en donde

(1) He dicho bien al decir *el naranjo*, pues hay un naranjo en los patios interiores de San Onofre.

(Nota de Paris, 1840.)

penetraba la luz á través de los hierros de una claraboya, en donde la bóveda baja; que hiela la cabeza del que allí entra, destila el agua salitrosa sobre un suelo húmedo que paraliza los piés.

En las paredes por la parte exterior de la prision, y alrededor del postigo, se leen los nombres de los adoradores del dios: la estatua de Memnon, que vibraba armoniosa al tocarla la aurora, estaba cubierta de declaraciones de diversos testigos del prodigio. Yo no he borrhoneado mi ex-voto, y preferí ocultarme en la muchedumbre, cuyas secretas oraciones deben ser en razon de su misma humildad mas gratas al cielo.

Los edificios que cercan hoy la prision del Tasso dependen de un hospital para toda clase de dolencias y han sido puestos bajo la proteccion de los santos: *Santo Torquato sacrum*. A alguna distancia del aposento bendito hay un patio ruinoso, en cuyo centro cultiva el conserje un parterre rodeado de un vallado de malvas: la empalizada, de un verde suave, estaba cargada de flores anchas y hermosas. Cogí una de aquellas rosas del color del luto de los reyes y que me parecia crecer al pié de un calvario. El genio es un Cristo: desconocido, perseguido, azotado, coronado de espinas, puesto en cruz por los hombres, muere dejándoles la luz, y resucita adorado.

#### LLEGADA DE LA DUQUESA DE BERRY.

Ferrara 18 de stiembre de 1835.

Habiendo salido el 18 por la mañana, al volver á las Tres Coronas encontré la calle atestada de gente y á los vecinos asomados á las ventanas. Una guardia de cien soldados austriacos y pontificios ocupaban la posada. El cuerpo de oficiales de la guarnicion, los magistrados de la ciudad, los generales, el prolegado, aguardaban á la duquesa de Berry, cuya llegada habia anunciado un correo con las armas de Francia. La escalera y los salones estaban adornados de flores nunca se ha hecho mas hermoso recibimiento á una desterrada.

Al avistarse el coche, sonaron los tambores y empezaron á tocar las músicas de los regimientos: los soldados presentaron las armas. Costó trabajo á la princesa bajarse de su carruaje, detenido á la puerta de la fonda, en medio de tanta gente: habia yo acudido, y ella me reconoció entre la muchedumbre. A través de las autoridades constituidas y de los mendigos que la acosaban, me alargó la mano, diciendo:—«*Mi hijo es vuestro rey*, conque ayudadme á pasar.» No la encontré muy cambiada, aunque sí flaca; tenia cierto aire de una muchacha llena de viveza.

Iba yo delante de la princesa, que daba el brazo á Mr. de Lucchesi: seguía la Mad. de Podenas. Subimos las escaleras, y entramos en las habitaciones entre dos filas de granaderos, al estrépito de las armas, al ruido de los clarines y á los vivos de los espectadores. Tomábanme por el mayordomo, y se dirigian á mí para ser presentados á la madre de Enrique V. Mi nombre se unia á aquellos nombres en la imaginacion de la multitud.

Es de advertir que *Madame*, desde Palermo á Ferrara, fue recibida con los mismos respetos, á pesar de las notas de los enviados de Luis Felipe. Habiendo tenido valor Mr. de Broglie para pedir al papa la expulsión de la proscripita, le contestó el cardenal Bernetti:—«Roma ha sido siempre el asilo de las grandezas caídas. Si en estos últimos tiempos la familia de Bonaparte halló un refugio al lado del padre de los fieles, con mayor razon debe ejercerse igual hospitalidad con la familia de los reyes cristianísimos.»

No doy gran crédito á este despacho; pero me llamaba altamente la atencion un contraste: en Francia el gobierno prodiga insultos á una mujer á quien

teme; en Italia nadie se acuerda mas que del nombre, del valor y de las desgracias de la duquesa de Berry.

Vine obligado á aceptar mi papel improvisado de primer gentil-hombre de cámara. La princesa estaba no poco extraña; llevaba un vestido de tela cenicienta ajustado por la cintura; en la cabeza una especie de papalina de viuda, ó de casquete de niño, ó de pensionista castigada. Iba á un lado y á otro como un moscon, y corria como una aturdida, con aire resuelto, en medio de los curiosos, lo mismo que hacia en los bosques de la Vandée. No miraba ni conocia á nadie, y me veia precisado muchas veces á detenerla irreverentemente por el vestido ó á cerrarle el paso, diciéndole:—«Señora, ese es el comandante austriaco, el oficial de uniforme blanco; señora, ese es el comandante de las tropas pontificias, el oficial de casaca azul; señora, ese es el prolegado, aquel jóven eclesiástico vestido de negro.» La princesa se detenía, decia algunas palabras en italiano ó en francés, no muy adecuadas, pero pronunciadas rotunda, franca y graciosamente, de modo que, en medio de su inconveniencia, no desagradaban; era aquello una cosa que no se asemejaba á nada conocido. Sentíame como embarazado, y sin embargo, no tenia la menor inquietud sobre el efecto causado por la escapada de las llamas y del calabozo.

Sobrevenia una confusion cómica. Debo decir una cosa con toda la reserva de la modestia: el vano ruido de mi vida aumenta conforme va acrecentándose el silencio real de la misma. No puedo apearme hoy en una posada en Francia ó en el extranjero sin verme asediado al momento. Para la antigua Italia soy yo el defensor de la religion; para la moderna el defensor de la libertad: para las autoridades tengo el honor de ser *la sua eccellenza gia ambasciadore di Francia* en Verona y en Roma. Muchas damas, todas de extremada belleza sin duda, han prestado la lengua de Angelica y de Aquilana el Negro á la florideña Atala y al moro Aben-Hamet. Así es que veo llegar estudiantes, curas ancianos de grandes solideos, mujeres cuyas gracias y traducciones agradezco; luego *mendicanti* hartos bien educados para creer que un embajador está tan miserable como sus señorías.

Ahora bien: mis admiradores habian acudido á la fonda de las Tres Coronas con la muchedumbre atraída por la duquesa de Berry: acorralábanme en el hueco de una ventana, y allí me principiaban una arenga que iban á concluir á María Carolina. En la turbacion de los ánimos las dos turbas se equivocaban á veces de patron y de patrona. Veíame saludado con el título de *alteza real*, y *Madame* me refirió que la habian cumplimentado por *El Genio del Cristianismo*: cambiábamos nuestras reputaciones. La princesa estaba encantada de haber compuesto una obra en cuatro tomos, y yo orgulloso de que me tomasen por la hija de los reyes.

De repente desapareció la princesa, y se fué á pié con el conde Lucchesi á ver el aposento del Tasso: era inteligente en prisiones, la madre del huérfano desterrado, del niño heredero de San Luis, María Carolina, saliendo de la fortaleza de Blaye, y no buscando en la ciudad de René de Francia mas que el calabozo de un poeta, es una cosa única en la historia de la fortuna y de la gloria humana. Los venerables de Praga habrian pasado cien veces por Ferrara sin que les hubiese ocurrido semejante idea; pero Mad. de Berry es napolitana, compatriota del Tasso, que decia: *Ho desiderio di Napoli, come l'anime ben dispote, del paradiso*. «Tengo deseo de Nápoles, como las almas bien dispuestas lo tienen del paraiso.»

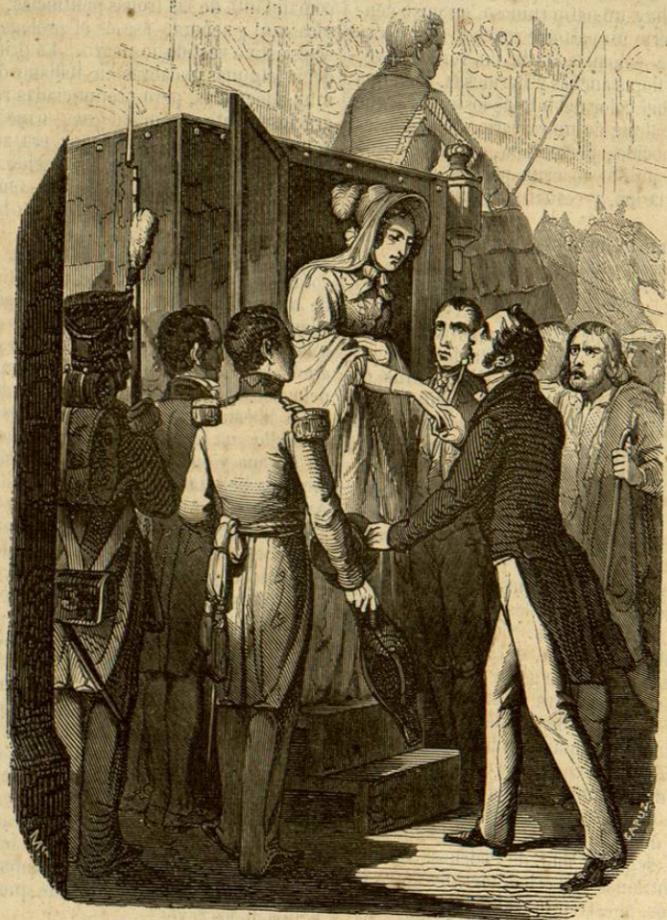
Yo estaba en la oposicion y en desgracia: las ordenanzas se maduraban clandestinamente en el palacio y reposaban todavía con gozo y en secreto en el fondo de los corazones: un dia vió la duquesa de Berry un

grabado que representaba al cantor de Jerusalem á la reja de su prision: —«Espero, dijo, que veremos pronto así á Chateaubriand.» Palabras de prosperidad, de que no hay que hacer mas caso que de una expresion escapada en medio de la embriaguez. Debía yo reunirme con *madame* en el calabozo mismo del Tasso, despues de haber sufrido por ella las prisiones de la policia. ¡Qué elevacion de sentimiento en la noble princesa; qué prueba de estimacion me dió dirigiéndose á mí en la hora de su infortunio, despues del deseo que habia formado! Si su primer deseo ensalzaba demasiado mis talentos, su confianza se ha engañado menos acerca de mi carácter.

LA SEÑORITA LEBRESCHU.—EL CONDE LUCHESI PALL.—  
DISCUSION.—COMIDA.—BUGEAD EL CARCELERO.—  
MAD. DE SAINT-PRIEST.—MR. DE SAINT-PRIEST.—MA-  
DAMA DE PODENAS.—NUESTRA TROPA.—MI REPUG-  
NANCIA Á IR Á PRAGA.—CEDO SOBRE UNA PALABRA.

Ferrara 18 de setiembre de 1833.

Llegaron Mr. de Saint-Priest, Mad. de Saint-Priest y Mr. A. Sala. Este habia sido oficial en la guardia real, y fue sustituido en mis asuntos de librería á Mr. Delloje, mayor en la misma guardia. Dos horas



LLEGADA DE LA DUQUESA DE BERRY Á FERRARA.

despues de la llegada de *madame*, vi á mi compatriota, la señorita Lereschu, la cual se apresuró á manifestarme las esperanzas que tenian fundadas en mí. La señorita Lereschu figura en el proceso de *Carlo Alberto*.

De vuelta la duquesa de su poética visita, me mandó llamar: aguardábame con el conde Luchesi y Mad. de Pódenas.

El conde Luchesi Palli es alto y moreno: *madame* le llama *Tancredo* por las mujeres. Sus maneras con la princesa su mujer son un modelo de atenciones; ni humildes ni arrogantes, mezcla respetuosa de la autoridad del marido y de la sumision del súbdito.

*Madame* me habló al punto de negocios, dándome las gracias por haber accedido á su invitacion: dijo-

me que iba á Praga, no solo para reunirse á su familia, sino para obtener el acta de mayoría de su hijo: en seguida me declaró que me llevaba consigo.

Esta declaracion, que me cogió de sorpresa, me dejó consternado: ¡volver á Praga! Expuse las objeciones que se me ofrecian á la imaginacion.

Si iba yo á Praga con *madame* y alcanzaba esta lo que deseaba, el honor de la victoria no pertenecería todo entero á la madre de Enrique V, y esto sería un mal: si Carlos X se obstinaba en rehusar el acta de mayoría estando yo presente (como me persuadia de que lo haria) perderia mi crédito. De consiguiente me parecia mejor quedarme como de reserva para el caso en que resultase frustrada la negociacion de *madame*

Su alteza real combatió estas razones; sostuvo que no tendria fuerza alguna en Praga si yo no la acompañaba; que yo infundia miedo á sus parientes, y que consentia en dejarme el brillo de la victoria y el honor de asociar mi nombre al advenimiento de su hijo.

En medio de este debate entraron Mr. y Mad. de Saint-Priest, los cuales insistieron en el sentido de la princesa. Persistí yo en mi repulsa, y en esto anunciaron la comida.

*Madame* estuvo muy alegre. Refirióme sus contestaciones con el general Bugeaud en Blaye del modo mas festivo. Bugeaud la atacaba sobre la política, y se incomodaba; *Madame* se incomodaba mas que él;

gritaban ambos como dos águilas, y le despedía ella del cuarto. S. A. R. se abstuvo de ciertos pormenores, que me habria tal vez comunicado si me hubiese quedado con ella. No dejó á Bugeaud por ningun estilo: —«Ya sabeis, me dijo, que os hice llamar cuatro veces. Bugeaud hizo pasar mis pretensiones á Argout, Argout contestó á Bugeaud que era un bestia, y que hubiera debido rehusar vuestra admision con solo el rótulo del saco. Es muy agudo ese Mr. de Argout.» Y *Madame* acentuaba esta última frase con su acento italiano.

Sin embargo, habiéndose esparcido el rumor de mi negativa, se alarmaron los fieles. La señorita Le-



LA SEÑORA EN SAN ANTONIO DE PADUA.

reschu vino despues de comer á sermonearme á mi cuarto: Mr. de Saint-Priest, hombre de talento y de juicio, me envió primero á Mr. Sala, y luego le reemplazó, y me apremió á su vez. Habian hecho marchar á Mr. de la Ferronnaye á Hradschin, á fin de zanjar las primeras dificultades. Habia llegado Mr. de Montbel, el cual habia sido encargado de ir á Roma á sacar el contrato de matrimonio extendido en la forma debida y conveniente, y que estaba depositado en manos del cardenal Zurlo.

—«Suponiendo, continuó Mr. de Saint-Priest, que Carlos se niegue á dar el acta de mayoría, ¿no sería bueno que *Madame* obtuviese una declaracion de su hijo? ¿Cuál deberá ser esa declaracion?—Una nota

muy breve, le contesté, en la que Enrique protestase contra la usurpacion de Felipe.»

Mr. de Saint-Priest transmitió mis palabras á *Madame*. Mi resistencia continuó poniendo en alarma á los que rodeaban á la princesa. Mad. de Saint-Priest, por la nobleza de sus sentimientos, parecia sentir con mas viveza. Mad. de Podenas no habia perdido la costumbre de su serena sonrisa, que le hacia enseñar sus hermosos dientes: su tranquilidad era mas sensible en medio de nuestra agitacion.

No nos asemejábamos del todo mal á una tropa ambulante de cómicos franceses, que representaban en Ferrara, con permiso de los señores magistrados de la ciudad, *La Princesa fugitiva* ó *La Madre persegui-*